

Tres preguntas sobre la Escuela Cristiana

La Escuela Cristiana es hoy objeto de crítica y de opiniones expresadas fuera de la propia Escuela o, incluso, en el interior misma. Dicha crítica afronta cuestiones fundamentales, como el ser o no ser de la Escuela Cristiana, su sentido y su valor en un mundo pluralista y secularizado, su fidelidad al mundo de los pobres y, finalmente, su testimonio evangélico.

Al mismo tiempo, la Escuela Cristiana está hoy, en España, en un período de revisión y en un momento crítico, y se nos ofrece en no pocas ocasiones, como una realidad conflictiva capaz de suscitar una fuerte polémica.

SINITE ha querido recabar la opinión de varios educadores que viven de algún modo comprometidos con la Escuela Cristiana por su reflexión diaria sobre el hecho educativo cristiano, su implicación y responsabilidad en centros educativos. La respuesta a nuestra petición no ha sido todo lo amplia y variada que en principio deseábamos. Valga este breve abanico de opiniones como muestra, aunque reducida y casi monocolor, de lo que puede ser la actitud y una toma de postura extensibles a muchos educadores en un momento crítico y conflictivo como el actual.

He aquí las cuestiones planteadas y sus correspondientes respuestas.

- 1.** ¿Cree usted en el sentido y en el valor de la Escuela Cristiana?
¿Cuáles serían, a su juicio, sus rasgos característicos y diferenciales?
- 2.** ¿Cuál es el sentido de una Escuela Cristiana en la situación de pluralismo cultural, político y religioso de la sociedad española?
- 3.** ¿Qué piensa de la equiparación o identidad que, con frecuencia, se produce entre "Escuela Cristiana" y "Escuela de las Comunidades Religiosas"?

José María MARTINEZ

Doctor en Pedagogía

Director del Instituto de CC. CC. San Pío X

“Creo en la escuela cristiana porque enseña a leer la vida de modo trascendente.”

1. Para creer en el sentido y valor de algo, creo que hay que echar mano de dos cosas importantes: una, los elementos de razón que van por delante de la adhesión personal y hacen comprender la vigencia de lo que muestran. Otra es el componente afectivo que hace creer en algo, porque es valor y porque, como todo, tiene también limitaciones. En virtud de las razones, puedo afirmar mi fe en la Escuela Cristiana. Creo que es el lugar más idóneo para iniciar a los hombres en los caminos de la cultura, en el humanismo, que define a una sociedad concreta, y en la visión optimista y salvadora que todo hombre ha de conocer y que el cristianismo puede proporcionar.

Las razones preparan mi adhesión afectiva a la Escuela Cristiana. Por ser Escuela me cuesta poco creer en ella, toda mi vida está centrada en su acción, ella me acogió en mi período de formación y ella ha permitido durante muchos años la realización de mi vocación educadora. El hecho de poder comunicar con los alumnos un conocimiento, compartir una existencia, poner en común el hecho diario de vivir para extraerle lo que tiene de “experiencia” resulta algo apasionante y fácil de reconocer como auténtico valor. Además, por ser Cristiana se me convierte en campo propicio para asegurar mi realización cristiana personal. La fe necesita ser compartida y extendida de palabra y por la comunicación de existencias. En la Escuela Cristiana me siento palabra viva y comunidad naciente que fundamenta su fe y dispone a las opciones individuales y comunitarias.

Esto no significa que personalmente esté alienado por la defensa “a priori” de una ideología. Es sencillamente la propuesta de toda mi persona de educador para que ella misma sirva de argumento en su defensa. Considero posible que cualquier educador de cualquier

tendencia y dogma arguya la misma argumentación en defensa su "Escuela" (marxista, judía...), pero solamente le mostraré aceptación si realmente su persona obedece a su ideal ideológico y transmite vitalmente aquello en lo que cree. Y quizá llegue él a la conclusión de que solamente quien así actúa pueda llevar el título de educador.

Tras mi creencia surgen algunos matices: esa Escuela que va no es la escuela hecha de moldes viejos, de incomunicación, de falta de creatividad estructural y personal, sino la escuela que por la Escuela Cristiana defiende y educa el sentido de universalidad humana: convivencia, de justicia social, contagio de optimismo y alegría de vivir y presente la figura de Jesús en toda su plenitud. Junto a esto hay una exigencia de profesionalidad, para mí inseparable de la Escuela; profesionalidad que requiere actitud de cambio en la práctica de profesores como requisito de creación educativa, metodologías experimentales y comunidad imbuida de auténtico espíritu creativo. En esta Escuela creo y la defiendo frente a todo aquello que suponga duda respecto a su acción y a la viabilidad de su realización.

2. La situación actual de nuestra sociedad y cultura se abre a una enorme pluralidad de culturas, se ve gobernada por diferentes sistemas políticos y religiosamente avanza hacia la secularización. La que una gran masa de hombres prescinde del elemento religioso y otra gran masa purifica sus creencias y se adhiere con más fuerza a determinado grupo religioso. En medio de esta variopinta realidad la Escuela Cristiana se interroga por su misión. Hay quienes por la virtud de su propia ideología, optan por la desaparición de la Escuela Cristiana (siempre es fácil gobernar los bienes de los más...). Pero los que creemos en su posible existencia lo hacen desde el interrogante con respuesta, desde la crisis con espíritu de exigencia de renovación.

Así, considerando primero el pluralismo cultural, la Escuela se siente llamada a favorecer su aceptación, puesto que la mayor pluralidad —la humana— requiere pluralidad de culturas, y más, que el hombre sea el creador de su propia cultura. Entonces pluralidad no será sinónimo de confusión cultural, sino de variedad llena de los valores que cada individuo puede aportar. Esta Escuela ya no cumple su misión si sigue siendo simplemente transmisora de la vieja cultura, domesticadora de generaciones, sino el lugar donde se proporcionan tantos elementos de formación a los individuos como puedan optar y estructurar su propia cultura. Educar así será permitir a los individuos el vivir abiertos a los valores positivos

cada cultura les ofrezca, sin cerrarse en su grupo cultural, lo que les llevaría más a la alienación ideológica.

Con frecuencia se acusó a la Escuela —y más a la Cristiana— de impedir la apertura política por ser sierva fiel de una determinada política reinante. Cierto, y hay que reconocer que esto ha sido así, y que nuestra misma sociedad ha vivido la cerrazón de un sistema exclusivo. Pero las cosas cambian, y vista en sus posibilidades, la Escuela puede educar políticamente, abrir el abanico de las formas políticas ante la mirada de los alumnos, enjuiciar críticamente los pros y contras de las diferentes ideologías, preparar las futuras opciones de los ciudadanos. El diálogo de los niños y adolescentes sobre los hechos políticos, la visión y el estudio de los principios que animan los diferentes grupos, la participación en el ambiente escolar, etc., son cosa “de escuela”, de aprendizaje lento, tan lento como lo es el aprender a vivir en sociedad respetuosa y libre.

Más aún. ¿Qué libro puede enseñar a los hombres de hoy a leer los hechos, a dar sentido a la vida? La secularización actual caerá en el absurdo social si se convierte en la pérdida de sentido. Pero si con ella el hombre aprende a leer los nuevos signos de cultura, a recibir la vida como un instrumento de construcción, habremos acercado la cultura a la visión cristiana del mundo. Educación Cristiana no quiere decir ya alienación del pobre, sino visión justa de la vida, significado integrado en la propia existencia, lectura trascendente de la vida con todo su contenido de cambio y de progreso. Donde no haya trascendencia estamos condenando a la persona, reduciéndola al servilismo del hecho mismo. Progreso quiere decir libertad y visión optimista de la sociedad que progresa hacia algo sin conseguirlo de modo definitivo. Lo definitivo viene después.

3. La identificación entre Escuela Cristiana y Congregaciones Religiosas ha sido y es una realidad motivada por el hecho de que dichas Congregaciones han tenido en sus manos un tanto por ciento elevado de la Educación en España. Esto nos ha llevado al prejuicio social de que Escuela Cristiana es igual a frailes y monjas, cosa que desde antiguo no ha sonado bien en la católica España. Además, la Iglesia jerárquica no ha tomado como algo suyo el hecho educativo, por lo menos con la conciencia con que ahora lo hace. Por esto no existe la conciencia de que la Educación Cristiana es algo específico de la Comunidad Cristiana.

Puestos a buscar porqués, hemos de pensar en la falta de ideas que tienen quienes se dedican a la enseñanza religiosa. Ser Educador de la fe, Teólogo, Catequista..., con un título eclesiástico vale todavía a convertirse en un Quijote entre molinos de viento que "sí" son gigantes. El prestigio de estos títulos es terreno conquistado, de modo que el acceso a dicho tipo de enseñanza abierto a todo cristiano que quiera hacer labor de Iglesia. Lamentablemente al seglar que la Iglesia hace hoy no basta si la entidad profesional del Educador de la fe queda nacionalmente disminuida.

Las Congregaciones Religiosas están hoy abiertas a toda participación del elemento seglar en su función educadora. Se sienten vinculadas a la política educativa en todo aquello que sea una aportación a la mejora educativa del país, se sitúan en el marco del claro pluralismo de opciones educativas. Lo que no está en su camino ni en su derecho es la deserción en virtud de presiones sociales que intentan contra sus derechos, reales y adquiridos. Si para algo la Historia sea por lo menos para testigo de la labor realizada pro de la educación y a partir de los testigos podemos sacar muchas conclusiones que de la palabra altisonante.

El pluralismo actual obliga a los Centros Cristianos a abrir las puertas de par en par a todo profesor que, animado de un espíritu cristiano, quiera ejercer profesionalmente su docencia y animar a la comunidad escolar del espíritu que a él le anima. Pluralismo con sus divergencias y contradicciones de humanismos, no. La Escuela Cristiana ha de velar por serlo, y por tanto cuidar que sus equipos docentes vivan al unísono el humanismo cristiano que adjetiva a la Escuela. A todo cristiano profesionalmente preparado se le brinda la oportunidad de ser testigo, ante la juventud, de su fe. ¿Cómo puede encontrar mejor "tejado" y mejor "celemín" para colocar la luz que en la Escuela Cristiana?

En un momento en que todo tipo de sociedad mira a la escuela como dispositivo de futuro, malo sería que quienes siglo tras siglo se han profesionalizado en su ejercicio comience a dudar de su eficacia. Y esto por las dos razones que encabezan estas afirmaciones: porque conocemos la razón de ser de la Escuela Cristiana, y porque la valoramos desde el afecto que llevan consigo las convicciones

“Creo que se acabó el tiempo en que se atribuía cándidamente un único sentido legítimo a la escuela católica. Adoptando cierta distancia crítica respecto de la propia ideología, todos estaremos de acuerdo en admitir una pluralidad de definiciones, de objetivos, de funciones y de sentidos para la escuela cristiana.”

1. Hablando con exactitud, *la escuela cristiana no existe*. Existen escuelas que se dicen cristianas, que realizan más o menos su ideal educativo y que se presentan como diferentes en cuanto a las contingencias históricas, diferentes en su ubicación geográfica y cultural, diferentes e incluso contrapuestas en sus inspiraciones de fondo y en los efectos sociales objetivamente reflejados.

Creo que hablar de escuela cristiana en términos generales equivale a encerrarse una vez más en afirmaciones o negaciones de principio, que la realidad histórica positiva se encarga de desmentir después. Dicho con otras palabras, no me siento capaz de definir “a priori” el sentido y el valor que pueda tener la escuela cristiana, debido a la estéril y manida autoafirmación ideológica (de la que no se ha liberado ni siquiera, por ejemplo, el último documento vaticano sobre la escuela católica).

De todos modos, si por escuela cristiana entendemos aquellas instituciones pedagógicas de las que los cristianos se han valido en el pasado y de las que se valen todavía hoy, para el logro de su proyecto educativo, entonces pienso que dicha escuela cristiana tiene *de hecho* algún sentido. Pero, repito, no se trata en este caso de un sentido general, en abstracto, sino de los sentidos que tiene *en concreto*, “hic et nunc”, en la relatividad histórica, cultural y política del momento. Es indudable que la escuela cristiana puede tener determinado sentido en una sociedad capitalista, distinto del que pueda tener en una sociedad colectivista o en una sociedad preindustrial del tercer mundo. Naturalmente, puede tener un sentido dentro de una cultura sacral y otro dentro de una cultura secularizada. Está claro que no pueden coincidir en el sentido atribuido a la escuela cristiana quien ostenta el poder de administrar la escuela y quien es tan sólo cliente o consumidor de la misma. El sindicalista y la monja de clausura, el intelectual y el analfabeto, el

amo de la fábrica y el obrero, el obispo y el simple fiel, cada uno de ellos, aun cuando todos participan de la misma fe cristiana, asignará inevitablemente un sentido diferente a la escuela cristiana. ¿Por qué? Pues, sencillamente, porque cada uno de ellos obra consciente o inconscientemente, a sus respectivos intereses, y en función de su grado de participación en el poder institucional, ya sea en función de su capital cultural, de su relación con la realidad socioeconómica, etc.

En pocas palabras, creo que se acabó el tiempo en que se atribuyó cándidamente un único sentido legítimo a la escuela católica. Adoptando cierta distancia crítica respecto de la propia ideología, estaremos de acuerdo en admitir una pluralidad de definiciones, objetivos, de funciones y, por tanto, de sentidos para la escuela cristiana. Ciertamente, la jerarquía católica está en su derecho al definir cuál es el sentido de la escuela cristiana, pero esa definición será una de las muchas posibles, cada una de las cuales será igualmente legítima, más o menos cualificada. Pienso que el rechazo de esta realidad de hecho constituye una fuente de desagradables tensiones y fusiones en el ambiente católico.

¿Cuáles serían, según mi parecer, las características fundamentales de la escuela cristiana? Si adopto una perspectiva *esencialista* sería fácil repetir aquí los tópicos que llenan la literatura existente sobre el particular: “La escuela cristiana es el lugar de la promoción integral del hombre, es la escuela de la libertad y de la fraternidad, de la razón crítica, del diálogo y de la solidaridad, de la integración cultura-fe”, etc. Pero si me atengo a una perspectiva más *histórica* debo calcular y verificar estos y otros valores dentro de determinadas coordenadas objetivas que cambian continuamente (condiciones económicas, situaciones sociopolíticas, procesos culturales, etc.), todo lo cual debería formular una hipótesis extremadamente rigurosa para responder sin escapismos a la pregunta que aquí se formula.

2. Comencemos diciendo que hay muchos modos de entender el pluralismo. Hay quien lo entiende como mero *dualismo* entre la sociedad civil y la religiosa, y piensa consecuentemente en un tipo de coexistencia, más o menos forzada, de dos bloques contrapuestos o paralelos (como ocurría en cierta visión preconciliar de la sociedad y de la Iglesia). En el extremo opuesto, hay quien identifica el pluralismo con la *conflictividad permanente*, viendo siempre en conflicto los intereses de una clase social con los de la otra (como sucede en la visión marxista de la sociedad). Existe, finalmente, una “tercera vía”, la del que entiende el pluralismo como *plura-*

articulada de posturas culturales y de instituciones correlativas, competidoras pero sin exclusivismos, funcionando en el interior de una única sociedad democrática, de la que también los cristianos forman parte con total igualdad jurídica.

Según la primera concepción del pluralismo, tendríamos una escuela *separatista*, ya en dependencia del Estado, ya en dependencia de la Iglesia. Semejante concepción, más que una forma de entender el pluralismo resulta ser una concepción antipluralista, precisamente porque ignora la aportación positiva que podría derivarse del intercambio dialéctico con la otra parte, siempre que se la considere como rival y no como interlocutor.

En el caso de la segunda opción, tendríamos una escuela *totalitaria*, estatalista, de tendencia monocultural y por ello fundamentalmente antipluralista, también.

A la luz de la tercera concepción, podemos ver como posibles dos formas por lo menos de pluralismo escolar: el pluralismo *de* las instituciones y el pluralismo *en* las instituciones. El primero comporta la existencia de instituciones diversas y alternantes, diversidad que más que estructural u operativa es de índole ideológica (por ejemplo: ideología liberal, marxista, católica...). El segundo pluralismo lleva consigo, por el contrario, el encuentro y la confrontación de las diversas ideologías dentro de la única institución, que no tiene por qué ser del Estado en todos los casos, sino que puede estar organizada y gestionada por las diversas fuerzas populares que actúan en una misma región, en un territorio determinado.

Según mi punto de vista, la evolución de la escuela cristiana en un contexto civil de rápida y progresiva democratización como el de la sociedad española camina hacia este último tipo de pluralismo.

Decimos esto, no porque los cristianos tengan hoy que pagar tributo al gusto un tanto masoquístico de la desinstitucionalización (renunciar a las propias instituciones "católicas" como la escuela no constituye, por sí mismo, salvo en casos que habría que concretar, un gesto más evangélico que continuar manteniéndolas), sino porque los cristianos pueden asegurar una presencia cualificada, a veces irremplazable, en las instituciones educativas públicas, en las escuelas como en cualquier otro centro social de difusión cultural y de promoción humana.

La conclusión más convincente no es, en mi opinión, afirmar que "la escuela católica puede todavía hacer el bien", sino el pregun-

tarse si las fuerzas y los medios comprometidos en la salvaguarda de instituciones confesionales no están mejor empleados a veces en las instituciones públicas, con el fin de estimular y garantizar en ellas una leal confrontación interideológica e interconfesional. Por citar un caso conocido, Don Milani no tenía ninguna necesidad de enseñar el catecismo en Barbiana para que su escuela fuera escuela auténticamente “católica”, es decir, una escuela abierta a todo lo verdadero, hermoso y justo que haya en la historia. Lo que cuanto debe el hombre entregarse de modo creativo.

3. Es una identificación que podemos interpretar como la última consecuencia del proceso histórico desarrollado durante los últimos tres siglos, junto con el nacimiento y el crecimiento de numerosas congregaciones religiosas, masculinas y femeninas, dedicadas a la enseñanza.

La formación de núcleos estables de educadores (“por vocación” en las comunidades religiosas), provistos de estructuras educativas propias (escuelas, colegios, oratorios, centros asistenciales, asociaciones, círculos, etc.) y funcionando a base de personal fácilmente intercambiable y sustituible (política de reclutamiento que atendía más a la sobrevivencia de la congregación que a responder a las necesidades locales de la gente), ha sido el causante de la progresiva *transferencia de responsabilidad* de la comunidad cristiana respecto a sus tareas educativas. Este proceso ha ido de la mano con el proceso de burocratización de la enseñanza, proceso que ha encontrado en el modelo escolar napoleónico la forma más típica y propagada.

Podemos observar en la historia una especie de expropiación de los derechos y de los deberes educativos de la familia: el Estado con sus escuelas “públicas”, la Iglesia con sus “escuelas de religiosos”, han ocupado en cierto modo el puesto de la familia, de las realidades populares del lugar, de las fuerzas sociales existentes. Durante años y siglos la cristiandad ha vivido prácticamente al abrigo del monopolio cultural ejercido por la oligarquía privilegiada de los “intelectuales” formados en los seminarios y en las casas religiosas. Afirmar que estos “intelectuales” (los educadores religiosos actuantes en las escuelas católicas) dan a menudo pruebas de falta de encarnación en la realidad local y en las nuevas culturas nacionales equivale a repetir —con Gramsci— una constatación que no carece de fundamento histórico.

El descenso numérico del personal religioso empleado en las escuelas regentadas por las congregaciones religiosas viene a ser algo p

videncial, en el sentido de que algunas escuelas se sienten así urgidas a salir de cierta "autarquía" o de cierta sed de prestigio de grupo, para buscar a cambio un tipo de gestión que involucre de lleno la responsabilidad de las familias, de la comunidad local, de los restantes centros culturales. Es el desquite justo que la *lógica del territorio* se toma de la *lógica de la institución*.

Opino que los religiosos educadores dejarán de ser los propietarios y gestores de centros escolares del pasado para ser en el futuro los animadores o inspiradores de las comunidades educativas de adultos. En lugar de desempeñar el papel de educadores suplentes o delegados de los padres, podrán llevar a cabo una misión más específica y urgente en la creación de comunidades educativas locales y autónomas. Por ello habrá que dar todo un salto cualitativo: habrá que empezar a funcionar a modo de "multiplicadores" de las fuerzas educativas, a reactivar así en la comunidad cristiana local la conciencia y el ejercicio de la responsabilidad educativa. Sin alienar dicha responsabilidad educativa a favor de nadie. Ni siquiera a favor de los religiosos educadores más consumados.

Pedro CHICO GONZALEZ

Doctor en Pedagogía

"Yo creo que la escuela cristiana de los años venideros se irá diferenciando de las escuelas que tradicionalmente han sido escuelas de religiosos, y que surgirán grupos de maestros creyentes que quieran servir a grupos de familias creyentes también; y así, nacerán más escuelas cristianas."

1. Creo firmemente en el valor de la Escuela cristiana, precisamente porque hoy se halla fuertemente combatida. Nunca como hoy ha sido tan necesaria la confesionalidad escolar, pues nos movemos en un mundo pluralista y es preciso que los valores cristianos y los criterios que se inspiran en el evangelio se hallen presentes en el mundo escolar.

En la sociedad moderna faltaría algo importante si faltara la orientación cristiana escolar como una alternativa para los cristianos creyentes.

Y esto lo sostengo con firmeza, pues el tipo de filosofía que in la formación infantil y juvenil del hombre es condicionante toda la vida. Quienes sostienen la necesidad de que se elimine tipo de ideología en la formación inicial de las mentes, ignoran el agnosticismo e indiferentismo que sostienen es una actitud m que impregna las mentes con más profundidad que cualquiera opción de pensamiento.

En cuanto a los rasgos diferenciales de la Escuela cristiana los sintetizaría en los que se centran en el amor a todos los h bres. La Escuela cristiana no enseña sólo a convivir, a produc a servir... Sobre todo enseña a amar a todos a la luz del Evang

- 2.** De ninguna manera puede sostenerse un sentido polémico, c muchos lo pueden pensar o promocionar...

El sentido de la Escuela cristiana en nuestra sociedad ha de de presencia en el mundo de la educación de los valores eva licos.

Quienes niegan el derecho a esta presencia son ideológicamente talitarios y retrógrados. Toda familia creyente tiene derecho n ral a elegir el tipo de criterios filosóficos, morales y espirituales los que ha de ser configurada la mente de sus miembros hasta lleguen a la edad de la opción personal. Negar este derecho es atropello. Y dificultarlo en el terreno de las ideas o de las a caciones prácticas es también un abuso.

- 3.** Es un equívoco que la gente vulgar de los partidos polít comete con frecuencia, pero que no creo es propio de los líd intelectuales e inteligentes que animan los movimientos.

Una Escuela cristiana no es tal por la confesionalidad de sus p motores o de sus dirigentes, sino por el espíritu y el estilo que ella se imparte y se desarrolla.

Estoy convencido que una escuela de religiosos que promociona criminationes económicas o sociales o atenta a la formación e justicia social, no es una escuela cristiana. Sin embargo, una esc organizada y orientada por una cooperativa de padres creer que quieren que sus hijos se eduquen con ideas y sentimientos c tianos, sí es una escuela cristiana.

En nuestro ambiente con frecuencia se comete el error de identificar la escuela cristiana con los colegios de pago, a los cuales sólo pueden acudir los más pudientes, porque quienes los patrocinan, ante la pertinaz negativa del Estado y de la sociedad en contribuir a su sostenimiento, no tienen otra alternativa que sostenerles con las cuotas de las familias. Pero se olvida que la mayor parte de los centros confesionales que hay en el país son escuelas de barrios modestos, de valles mineros, de zonas rurales... Quienes acusan a la Escuela cristiana de clasista se fijan en tal o cual edificio grande o llamativo, pero no consultan las estadísticas o no hacen números y balances económicos. Es curiosa tanta ignorancia.

También hay mucha gente que piensa que la Escuela cristiana es aquella en la que se enseña religión y no es cristiana la que no tiene clases de religión; siendo así que puede haber escuelas muy cristianas, por sus criterios y orientaciones, sin clases de catequesis...

Es importante que en los tiempos actuales, una vez que pasen las campañas actuales promocionadas por oportunismos políticos y por resentimientos, se vayan aclarando los conceptos y se vayan respetando libertades, no vaya a ser que, mientras en el mundo se camina hacia una promoción de los derechos humanos, entre nosotros lleguemos en dictaduras sociales impuestas por la osadía de los menos y por la ingenuidad de los más.

Yo creo que la Escuela cristiana en los años venideros se irá diferenciando de las escuelas que tradicionalmente han sido escuelas de religiosos, y que surgirán grupos de maestros creyentes que quieren servir a grupos de familias creyentes también; y así nacerán más escuelas cristianas. Y, evidentemente, esos padres y esos maestros tendrán derecho ante la sociedad y el Estado a que su conciencia y su creencia sea respetada y promocionada para sí mismos y para sus hijos.

Juan José BRUNET GUTIERREZ

Director del Colegio La Salle de EGB.
Bilbao

“La crítica a que se ven sometidas hoy las formas concretas de realización de la escuela cristiana, y la reflexión a que estas críticas dan lugar, ponen de manifiesto la radical originalidad y el valor de actualidad de la escuela cristiana.”

1. La Escuela cristiana tiene hoy plena actualidad y vigencia. Conoce una concepción de la tarea educativa que se presenta como alternativa muy válida, dentro del pluralismo ideológico de la sociedad actual. A mi juicio, la crítica a que se ven sometidas hoy las formas concretas de realización de la Escuela cristiana —los Centros que se definen como tales— y la reflexión a que estas críticas dan lugar, ponen de manifiesto la radical originalidad y el valor de actualidad de una escuela auténticamente cristiana.

No es fácil sintetizar brevemente cuáles sean los rasgos diferenciales de la Escuela cristiana. Como tampoco es fácil aislar las aplicaciones específicas de la concepción cristiana de la educación y su evolución del pensamiento educativo en nuestra sociedad. No obstante, a mi juicio, en la actual concepción de la educación existen algunos rasgos que pueden subrayarse como típicos de la Escuela cristiana y como aportación de la concepción cristiana de la educación a la filosofía educativa actual. Destacaríamos:

1.º Concebir la educación en función del desarrollo integral de la persona. Centrar el objetivo primordial de la educación en la realización de la persona, libre, responsable y agente de su propio crecimiento. Concebir todo el proceso educativo y la escuela como institución al servicio de este proceso de personalización y realización del hombre como persona. Entender la acción crítica y creativa del hombre frente a la naturaleza, la historia y la cultura a partir de esta construcción de la personalidad.

2.º Destacar la dimensión trascendente, la referencia a la divinidad encarnada en Jesús de Nazareth, como una dimensión esencial de este desarrollo integral de la persona. De modo que no es posible una construcción integral de la misma sin esta referencia.

3.º Optar por los valores de verdad, justicia, libertad, fraternidad entendidos a la luz del evangelio de Jesús, como elementos esenciales.

en las propias estructuras de la escuela, y como esenciales en el Proyecto Educativo de la escuela y sus objetivos educativos.

4.º Concebir la escuela como una Comunidad Educativa formada por educadores, padres y alumnos, y basada en relaciones de fraternidad, justicia, respeto y corresponsabilidad.

2. Ofrecer un tipo de educación basada en la concepción cristiana de la realidad y en los valores evangélicos. Es una alternativa educativa válida hoy y solicitada por amplios sectores sociales.

3. Escuela cristiana es la que traduce en su realidad —en sus estructuras, en su Proyecto Educativo, en su estilo, en sus logros— los valores cristianos, sea o no regentada por religiosos.

Históricamente, las escuelas de religiosos nacieron con la finalidad de hacer realidad las características de la Escuela cristiana. Y, excepciones aparte, hay que reconocer que un juicio global sobre la historia de estas instituciones arroja un balance positivo en este sentido. En la actualidad, las escuelas de religiosos siguen intentando hacer realidad la imagen de Escuela cristiana por la que se definen.

Pero no puede identificarse sin más “Escuela cristiana” con “Escuela de congregaciones religiosas”, por aquello de que “ni son todos los que están, ni están todos los que son”; en este caso, el conocido dicho resulta certero.

A mi juicio, y cara a un futuro a plazo medio, la supervivencia de las escuelas de religiosos estará condicionada, entre otros factores, a su identificación real con los rasgos netamente característicos de una Escuela cristiana. Ciertamente, su vigor y la calidad de su influencia estarán en proporción directa a esta identificación.

Jesús JUAREZ GONZALO

**Director del COU La Salle-Maravillas,
Madrid**

**“En una sociedad secularizada, la escuela cristiana re-
aún más importante porque su mensaje de trascendencia
quiere un relieve nuevo y original.”**

1. Sí. Por lo mismo que creo en el sentido, hoy, de los va-
cristianos. Algunos valores cristianos que desde mi punt-
vista tendrán siempre vigencia son: la fraternidad universal,
peradora de diferencias; la afirmación de la conciencia pers-
más allá de las formas externas, de las formas convencionales
las leyes de comportamiento exterior; la aceptación de lo tras-
dente a este siglo, a cualquier cultura a la propia vida; la vive-
de la propia fe en una comunidad de creyentes.

Los rasgos definidores de la escuela cristiana serán la actualiza-
de los valores cristianos y la práctica de una pedagogía que l-
a una mejor comprensión y actualización de dichos valores.

Aun con el riesgo de decir lo que documentos más autorizados
dicho sobre la Escuela cristiana, se pueden destacar como rasgo
dicha Escuela los siguientes:

- Un ámbito adecuado de libertad y participación para todos
estamentos que forman parte de cada escuela: profesores, al-
nos, padres, etc.
- Clima de amistad y colaboración entre todas las personas
debe, pues, favorecer más la colaboración que la competenci-
- Autonomía de los distintos niveles de saber.
- Capacidad crítica ante los diversos saberes, ante las estruct-
sociales. Capacidad crítica frente a las realizaciones concreta
la escuela misma.
- Apertura a lo trascendente y ahondamiento en la manera
tiana de entender la trascendencia. Iniciación en la vida crist-
y práctica de la caridad y la liturgia.
- Recurso a motivaciones éticas más que a imposiciones exte-
o a medidas correctivas.
- Respeto a las características de las personas y a los disti-
ritmos de maduración de cada persona.

2. Creo que es necesario que la sociedad sea pluralista para que pueda hablarse de una Escuela cristiana. Porque la libertad es un valor cristiano fundamental y porque sólo frente a otras concepciones puede definirse como original y distinta la Escuela cristiana. En una sociedad secularizada, la Escuela cristiana resulta aún más importante porque su mensaje de trascendencia adquiere un relieve nuevo y original. Esto no quiere decir que la tarea sea más fácil, pero es claro que resulta más necesaria.

El papel de la Escuela cristiana podemos considerarlo en dos aspectos: formar personas que encarnen en su vida los valores cristianos, no como los únicos valores, pero sí como valores específicos y como enriquecedores de toda la sociedad; en segundo lugar, alumbrar una pedagogía que permita vivir estos valores en diversos ambientes, en diversas culturas, respetando al mismo tiempo todos los valores humanos.

Dicho de forma más esquemática, algunos papeles que le pueden asignar a toda Escuela cristiana son:

- Presentar claramente su proyecto de hombre: destacando los valores cristianos fundamentales, atendiendo a los aspectos individuales, al hombre que se relaciona con los otros y al hombre que se sitúa ante Dios.
- Crear una dinámica adecuada para que este proyecto de hombre sea aceptado por muchos y vivido intensamente en la libertad.
- Conservar en la sociedad los valores trascendentes, que a veces parecen tan ausentes en las sociedades consumistas en que vivimos.
- Colaborar con otras escuelas cristianas y fomentar el diálogo con ellas para aprender de todos y para comunicar lo valioso que todos poseen.

3. Acaso haya sido una cuestión de terminología en una sociedad en que todas las escuelas eran “cristianas”, en una sociedad sociológicamente cristiana.

Actualmente no sé si siempre se identifican. De todas formas, no tengo nada en contra, mientras las escuelas religiosas sean de verdad cristianas. Espero, además, que las escuelas de religiosos no sean las únicas que se definan como cristianas.

Las escuelas de los religiosos son cristianas si promueven los valores cristianos, y no sólo por programar entre sus actividades enseñanza de la religión cristiana y la iniciación en los sacramentos.

Desde otro punto de vista, se debe destacar que pocas escuelas de los religiosos pueden presentar un conjunto de actividades no estrictamente escolares a las cuales se dedica tiempo sin más y sin intención de lucro. Desde mucho tiempo atrás en las escuelas de religiosos ha habido un amplio movimiento de personas relacionadas con la escuela, padres, antiguos alumnos...

Es interesante tener en cuenta el documento elaborado por la F "De la Escuela de los Religiosos a la Escuela de la Comunidad cristiana", que ofrece pistas de interés singular.

Y me sentiría muy feliz si las escuelas de religiosos se distinguieran por:

- Sin duda, por la proclamación de los valores cristianos.
- Por estar particularmente al servicio de la comunidad.
- Por ser escuelas no lucrativas. En régimen de subvención cualquier otro régimen.
- Por estar dedicadas preferentemente a las clases sociales desfavorecidas y a los sectores de la sociedad más abandonados.

“En este contexto escolar, y al servicio de una sociedad pluralista y democrática, los llamados colegios religiosos quieren proseguir su proceso de transformación para convertirse en escuelas de comunidad cristiana, es decir, centros educativos en los que, por voluntad expresa de los padres, educadores y alumnos, se promueva una educación de inspiración cristiana. En la nueva situación sociopolítica y eclesial, las escuelas cristianas así concebidas han de redescubrir su propia misión en la tarea evangelizadora, deben tomar conciencia del momento histórico en que esta misión ha de ser realizada y han de transformarse para ser más evangélicas y, a la vez, más aptas para llevar a cabo su propia misión en nuestra sociedad.”

(F. E. R. E., “Declaración de la Asamblea General”,
febrero de 1978.)